

José María Velasco en Carlos Pellicer

De las finas y sutiles conexiones existentes entre los mundos de la poesía y la pintura ha corrido ya tinta. Quienes en este siglo se han explayado en subrayar esta relación han sido los escritores Xavier Villaurrutia y Luis Mario Schneider.

Sin duda la casi etérea liga se ejemplifica ampliamente con la poesía y prosa de Carlos Pellicer en torno a la creación paisajística de José María Velasco. La naturaleza mexicana, diría más, el Valle de México, ese universo al alcance de ambos, los hermanó, los introdujo en el amoroso regodeo por plasmar con la palabra y el pincel tal parcela, esencia identificadora de nuestro más denotativo paisaje.

En ambos artistas la aspiración por alcanzar la belleza les fue natural. En la introducción a *Colores en el mar* Pellicer explica: "Un fuerte ánimo del color innato infantil rueda por estas páginas". Ya en 1937, en *Hora de Junio*, en el poema "Retórica del Paisaje", dedicado a Mauricio Magdaleno, se halla la que se antoja sería la primera referencia al pintor:

En el tiempo compacto
de los dosmiltrescientos metros de altura,
los paisajes están en un sólo acto.
El aire es siempre exacto
porque un pintor en tan vastos andamios
puede fraguar los delirantes cadmios
y acompañar geométricas figuras.

A esa exacta descripción del paisaje velasquiano haría Pellicer una puntual referencia en su texto "El Valle de México".

Tanto Velasco como el poeta parecen atados a una suerte de panteísmo en su captación, en su descripción de la naturaleza.

Actitud que José Vasconcelos definiría para Pellicer como: "La adoración del paisaje que es hábito maestro y temblor del mundo en toda su infinita magnificencia". Expresión que se aviene también para describir el espíritu creador de Velasco. Unión de afinidades estéticas que propiciaría en Carlos Pellicer intensa admiración hacia el enorme pintor de Temascalcingo.

No resulta aventurado pensar en que tal imantación con la obra de José María Velasco provino desde sus años mozos. Liga que se afina en el conocimiento profundo de las calidades del pintor. Mateo Herrera discípulo del paisajista, le hablaría de Velasco, le mostraría su obra. Herrera sostuvo una estrecha amistad con Pellicer, y le condujo por muchos de los vericuetos del arte por los que los afectos, la sensibilidad del poeta, deambularon. Admiraciones confesadas que se reflejan en buena parte de la poesía y prosa del tabasqueño.

A Carlos Pellicer se debió la revaloración del paisajista. En 1942 propició la realización de una gran muestra en el Palacio de Bellas Artes de la ciudad de México (158 óleos, 7 acuarelas, 15 dibujos, 18 estudios y 45 apuntes del natural, información que aparece en el catálogo de la exposición). Suceso que *marcó* el inicio de la puesta en valor del artista de Temascalcingo. También a Pellicer hay que atribuir las gestiones para dar a conocer esa creación en los Estados Unidos: en el Museo de Arte de Filadelfia (noviembre a diciembre de 1944) y en el Museo de Brooklyn (enero a febrero de 1945). Exposiciones en cuyo catálogo Pellicer expresara: "el maestro José María Velasco, hombre de genio, el más grande artista que ha producido México". Aseveración no gratuita, bien ponderada. El tabasqueño entendió que Velasco fue el primero en imprimir un *estilo*, diversidad y gran talento a su creación. Deslumbramiento del poeta ante el pintor que se hizo más obvio cuando en octubre de 1976 fueron sustraídos de la colección de Pellicer diez obras de Velasco: seis tarjetas postales, dos óleos sobre cartón y dos más sobre tela. Dolorosísima experiencia que al estar enfermo el poeta aumentó considerablemente su postración.

Hoy es imposible disociar de la hemerografía de José María Velasco los textos que le dedicara el escritor. Imposible analizar-

los en estas breves líneas ya que esa tarea forma parte de un trabajo de mayor envergadura, ahora en proceso. Sin embargo, es oportuno dar a conocer como un adelanto prosa y verso en los que se hace patente la admiración de Carlos Pellicer por los horizontes y colores de José María Velasco.

ELISA GARCÍA BARRAGÁN

Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM

EL VALLE DE MÉXICO

Uno de los mayores episodios de la historia de nuestro planeta, es el Valle de México.

Edificado a dos mil trescientos metros de altura sobre el nivel del mar, contiene en su enorme área la representación de vastos y numerosos dramas geológicos.

La luz es fría y tersa y en ella inscriben el cielo y la tierra con firme y fino trazo la narración sonora de un majestuoso y poético tratado del paisaje.

Por el norte, restos de lagos y lagunas dulces y salados sirven de espejo a volcanes, tan antiguos, que uno de ellos ha muerto y el otro respira aún apenas perceptiblemente. Al sur, el grupo volcánico del Ajusco se perfila en masas monumentales y extiende a sus pies un mar de lava de más de cuarenta kilómetros cuadrados en que las olas, esculpidas, las últimas, hace más de tres mil años, se conjugan en la primavera y el otoño con jardines blancos y amarillos que surgen valerosamente sobre las delgadas capas de polvo que la boca del tiempo depositó allí.

Al este, los volcanes gigantes, la Iztaccihuatl y el Popocatepetl (mujer dormida y montaña humeante) crean uno de los ángulos más hermosos del planeta; y al oeste, cerros y lomas, colinas y alcores, asisten numerosamente al espectáculo magnífico. Vagan, en el centro mismo del Valle, montañas menores que reunidas o solas, dan las escalas proporcionales del horizonte y aíslan los ojos en juegos de líneas admirables.

La vegetación por todas partes, es poco densa. Sin embargo, ejércitos de pinos acampan en las laderas de los volcanes y en los contrafuertes rocallosos del Ajusco mientras en el resto de los montes vegetan pobremente algunos árboles. Abajo, en pleno Valle, el maíz canta y mece en agudos verdes la dicha cumplida del

otoño, y entre los restos lagunares el hombre sigue cultivando las flores que adornan el pecho de la gran ciudad durante todo el año.

El invierno y la primavera sostienen un sentimiento dorado en el enorme Valle, en tanto que el estío y el otoño juntan las flores y los frutos de una amistad deliciosa y profunda. Un soplo de primavera hace de los últimos meses del año algo así como una quinta estación intercalada, desconcertante, que da en los días de octubre un reparto de corazones para quienes sostienen la poesía en su nube abandonada y fatal.

Sorprendido en la zona tropical pero elevado a dos mil trescientos metros de altura, el Valle de México acciona a través de una luz geométrica que va de lo esferal levemente brumoso a lo prismático luminosísimo en grado difícilmente aceptable, iluminación adecuada a uno de los climas más humanos de la tierra. Una compañía remotamente mexicana maneja el negocio de las nubes. Los más bellos grupos de nubes pasan sobre el Valle. Rubias y morenas nubes arriesgan la vida vaporosa del aire salvada frecuentemente por una puesta de sol. Porque hay grandes tardes y tardes solas y tardecitas como palabras que se dicen y palabras que no pueden decirse y palabras que se dicen sin decirlas.

Por los caminos el árbol del pirú, primo del sauce, mueve su follaje a la menor señal del viento y repasa en el otoño sus collares de vidrio rojo que los pájaros pican y distribuyen por los campos. Acompañan al pirú a veces, las cactáceas mexicanas, familias de esculturas que viven para todo el mundo, y así el maguey da de beber hasta embriagar y el nopal sirve peligrosamente a la orilla de sus platos verticales, los frutos verdes o rojos que antes fueron flores cargadas cuidadosamente de pilas para iluminar. Los órganos seriamente alineados, conducen a un patio o indican otro camino.

La época de las lluvias, junio a septiembre, sirve para que los sapos y las ranas abran, éstas sus escuelas de natación y aquellos sus cursos nocturnos de todo lo que no se ha leído nunca.

Hacia el norte, un Valle Menor, ampliación del Valle de México, recoge formas muy bellas y aprieta en su seno, como joyas centrales, uno de los grupos arqueológicos más impresionantes del mundo: los edificios sagrados de Teotihuacán, enlazados mis-

teriosamente con los conos serpentinos de Cuicuilco semicubiertos por las últimas lavas del Ajusco y edificados hace muchos miles de años. La catedral de México, que es la obra maestra del arte colonial en el Continente, está en el eje —eje religioso— de tan ilustres monumentos prehispánicos.

Un águila de atardecer lanzada de norte a sur, atraviesa el corazón del Valle. Su sombra marca tal vez el camino de la noche. A la entrada de una aldea, de pronto, una cruz abre los brazos y la campana de la tarde invita a perdonar, a amar... Las tardes del Valle de México dan títulos de la más rara y solemne poesía. La raza humana lo habita desde tiempos remotísimos y ha creado obras maestras en todos los órdenes. Envidiable vivienda de muros cardíacos y luces íntegras. Todo en él es esculturas y pensamiento, grandeza. Todo en él está dibujado y esculpido más que pintado. El menor movimiento deja una raya en el espacio y cualquier pausa profunda conduce y concreta al volumen. Claridad hecha de grises que suben al azul y bajan hasta el negro. Una soledad monumental nos acompaña y en la diáfana proyección de su sombra podríamos, si pudiéramos, decir cosas llenas de amplitud y elegancia. Un ángel atmosférico vigila día y noche mientras los hombres abajo se dedican a la agricultura y a la política, al bien y casi al mal.

Esto fue lo que dibujó y pintó el maestro JOSÉ MARÍA VELASCO, hombre de genio, el más grande artista que ha producido México.

Lomas de Chapultepec, septiembre 25, 1944.

[Catálogo, Philadelphia, Museum of Art, 1944-1945. Reproducido en *Artes de México*, 11 (enero-febrero, 1956): 16-18.]

INTRODUCCIÓN

En la historia de la pintura de paisaje, la obra del pintor mexicano José María Velasco presenta características que la hacen aparecer como caso único. Nació Velasco para confirmar que el hombre es el último resultado de la *Naturacosa* y que por eso mismo es la síntesis. En su condición genial, todo en Velasco es entrañable. Desarrolló su inteligencia en contacto con las ciencias naturales y su capacidad poética, a través de la materia. Primero quiso "inteligir", es decir, entender, conocer. Así, su amor a la belleza fue más hondo, más leal con la vida. Fue un hombre nacido para ver y representar la belleza que nos rodea. Su obra es un nuevo homenaje a la poesía de lo material. Con frecuencia toma de la *Naturacosa* lo que le place y rechaza lo demás. En una ocasión expresé, el total de la composición es invención propia. En resumen, no siempre pinta lo que ve: o suprime, o añade elementos que no están ante sus ojos. Pinta una roca, un árbol, el agua, una nube, con tal integridad vital que uno siente la comunión del artista con todos los materiales: el pintor es roca y árbol, agua y nube. Jamás es la exactitud fotográfica: es la presencia viviente. "Mi padre nunca pintó una roca sin conocerla científicamente", me dijo una de sus hijas. En efecto, su estudio sobre la flora del Valle de México es testimonio de profundos conocimientos botánicos. Fue sabio en meteorología y en geometría descriptiva y analítica. Su capacidad visual era extraordinaria. "Rivera, ese árbol le va a aplastar; se lo está usted echando encima", me contó el maestro Diego, que fue su alumno, y agregó: "Velasco tomó mi lugar, y con dos trazos el árbol quedó ubicado atmosféricamente".

En la gran sala dedicada a su obra en nuestro Museo de Arte Moderno, el recorrido es inolvidable. Las fechas nos llevan de la mano. A los veinte años es ya todo un pintor; tiene ya sentido cabal del paisaje. Y si la pintura es producto de la luz y el pintor

un trasmisor lumínico, Velasco, gradualmente, fue haciendo de la luz el personaje más importante de su obra. Entre los treintaicinco años, realiza sus grandes composiciones sobre el Valle de México. Por primera vez un pintor sube a una montaña para pintar, no ya un paisaje, sino toda una región; ya no el concepto plano, sino el concepto aéreo del paisaje. Ya no es el paisaje-ventana; en cierta medida es ya lo cósmico. La mirada telescópica del gran pintor mexicano encontraba finalmente su verdadera área de trabajo. Y así, convirtió el Valle de México en su inmenso taller. De una mirada colosal resultaron composiciones que no tienen precedente. México, como casi toda Nuestra América, es territorio ocupado por la luz, y Velasco pinta la atmósfera como casi nadie la ha pintado. Con los ojos se tocan las cosas, se convive con cada uno de los elementos del paisaje, pero sin desbordamientos, sin demasías, con la presencia singular y comunicativa de cada objeto con todos. En tres ocasiones, que yo sepa, pintó de noche. El año 1910 el cometa de Halley barrió con su presencia más de medio cielo. Velasco lo pintó y creó así el paisaje sideral sobreponiéndose a todas las dificultades de la noche. Pocas veces pintó al atardecer, y cuando lo hizo se abstuvo de participaciones sentimentales, no olvidando que la *Naturaleza* es ajena a nuestros sentimientos. Simplemente nos ignora. Prefería la media mañana o casi el mediodía, cuando la luz arrecia y se pone en peligro ella misma, porque también la luz se quema y no quedan de ella sino sus huesos de vidrio.

Su pintura tiende casi siempre a lo monumental. Gobierna sus dos reinos —mineral y vegetal—, con la sabiduría de quien se siente integrante de ellos. Mantuvo el dibujo a raya para alimentar fácilmente los colores. Y fue, naturalmente, un extraordinario dibujante. En sus grandes composiciones, los primeros términos no obedecen sino parcialmente a la realidad. Lo he comprobado yo mismo. Fue un hombre de su tiempo. Pintó edificios industriales y ferrocarriles en medio del paisaje. Amó la vida antigua de México y dejó pinturas y dibujos con motivos arqueológicos. Su cultura científica no interfiere para nada en su mundo poético. Es la realidad poética que tiene su propia hondura. Una de las características de Velasco es su monumentalidad: la advertimos lo mismo en un cuadro de grandes dimensiones que en uno de quince

por veinte centímetros, aclarando que estos cuadros pequeñitos no están pintados con criterio de miniaturista. La obra de Velasco, muy numerosa, sostiene un sorprendente nivel de calidad.

En Velasco, la figura es necesariamente complementaria. Cuando aparece en sus cuadros es, por supuesto, la del campesino en la mayoría de los casos. En dos ocasiones se autorretrató en sus paisajes: una vez aparece solo en actitud de noble elegancia ante una verdadera basílica vegetal en la que se ve al fondo el interior de una capilla con cirios encendidos. Él fue siempre religioso. En la otra ocasión se le ve pintando en Chapultepec escuchando alguna indicación de su maestro Landesio. Aisladamente se autorretrató dos veces: una al óleo y la última vez al carbón, verdadera obra maestra.

José María Velasco nació en Temascalzingo [*sic*], Estado de México, en 1840. Adolescente, llegó con su familia a radicarse a la capital de la República. Estudió dibujo y pintura en nuestra antigua Academia de Bellas Artes de San Carlos. Fue alumno de Eugenio Landesio, eminente y famoso paisajista italiano traído a San Carlos como maestro de paisaje. Posteriormente, Velasco sustituyó a Landesio en las cátedras de pintura y dibujo de perspectiva. Viajó por Europa y los Estados Unidos y también por México. En Europa fue objeto de honores, especialmente en París (Exposición Universal de 1889). Velasco murió en la ciudad de México en 1912.

José María Velasco pintó la tierra, Hermenegildo Bustos retrató al hombre y José Guadalupe Posada, grabador genial, expresó las vicisitudes del ser mexicano. Los tres constituyen la base de la más entrañable plástica de México. Fueron casi contemporáneos. Velasco escribió estas palabras: "Nadie debe pretender el demostrar gran práctica cuando uno en realidad no la tiene. El garbo, la soltura de pincel, la facilidad, el hacer mucho con poco, es el resultado de saber ocultar el arte con el arte". Y así lo dijo porque así lo realizó.

México, agosto de 1969.

[*José María Velasco: pinturas, dibujos, acuarelas*. Pról. y tres sonetos de Carlos Pellicer. México: Fondo Editorial de la Plástica Mexicana, 1970.]

EL PAISAJE MEXICANO EN LA COLECCIÓN
LICIO LAGOS

[...]

Sí, he nombrado a los mejores paisajistas europeos que pintaron lo nuestro, ¿y la luz? La luz, que es el ojo del universo, no llegó a ellos en la medida de la luz-México, sobre todo en el altiplano. Es una luz fría que arde misteriosamente que da a la ubicación de todo, la distancia que, por exacta, es difícilmente apreciable. Tenía que ser un pintor mexicano el que le diera a la luz el color de cada cosa. La cuestión de la luz es el mayor problema de la pintura porque la luz es volumen. Un discípulo de Landesio, el mexicano José María Velasco, se apoderó de la luz-México. A los veintidós años, tenía ya los ojos abiertos. Ya para entonces, la óptica mexicana era para él el resultado de lo indiscutible telúrico. En una geografía de la luz, los ojos de este gran artista habrían sido las Islas Fortunadas. Por primera vez el paisaje dejó de ser ojo ventana. Velasco pintó regiones y las pintó recreándolas en alguna medida. Pero la luz...; él pintó la luz. Paisajística. La luz es paisaje. Una vez pintó la luz oscuramente.

Una ciudad, Querétaro —Cerro de las Campanas, Colección Lagos— es una agrupación de luces blancas sorprendentemente realizada.

[...]

Lomas de Chapultepec, diciembre de 1971.

[*México en la Cultura (Novedades)*, 23 de enero de 1972: 1.]

A JOSÉ MARÍA VELASCO

I

Yo tengo la palabra para decirme: calla.
Y colocarme en tus pinceles puedo
para decirte: borra con tu dedo
todo lo que yo he escrito. La batalla

la perdí al comenzar. Frente a tu talla,
lo natural parece que es remedo
de lo que pintas. Todo sin enredo:
la luz que está en la luz que en ti no falla.

Dueños de inmensidad tus ojos cielos
resultan de la luz ricos abuelos.
Desde la Tierra al Sol mueves distancia.

La energía universal de tu pintura,
se mueve en un secreto de abundancia
y desconoce toda añadidura.

II

Divagación

Partir desde la luz hacia las cosas
fue la intención poética del viaje.
En el principio sólo fue el paisaje.
Nacimiento de formas temblorosas.

Nadie vio aquellas ruinas tumultuosas
que rejuvenecían el bagaje
del tiempo y ofrecieron hospedaje
a las desolaciones más fastuosas.

En aquellas mañanas, la alegría
era todo un horror de poesía.
La noche con sus números condujo

a la ansiedad mayor. Así fue el viaje.
Menos violencia pudo dar dibujo
y el color hecho luz se hizo paisaje.

III

Saber cómo es la cosa y despertarla,
es la cuestión. Así siempre lo hiciste,
maestro, y es por eso que no es triste
ni alegre tu pintura. Por pintarla

hiciste de la luz como una charla
simple y profunda sobre lo que existe.
Tu luz, la luz que todo lo resiste,
como a la luz no puede separarla.

Muy fácil es decir: aquí está todo,
cuando todo se sabe. Poesía
de tu sabiduría y de tu modo.

Yo acampo en tu mirada cuando veo
tu genio en la pintura y no podría
vivir sin lo que eres: mi deseo.

Las Lomas, Epifanía de 1968.

SONETO CON UN VELASCO PARA MI SOBRINO JUAN

JUAN de la Luz, que te siga inundando
como a Velasco su naturaleza.
Basta un rayo de sol y todo empieza
para saber vivir multiplicando.

Esta pintura, lejos de lo blando,
es energía de pies a cabeza.
En su iluminación hay la belleza
de la palabra cuando está cantando.

La fuerza de la luz aquí en la tierra
está en la libertad de lo que encierra.
Se va la luz y aparece el lucero.

Que así sea para ti. Miro que llegas,
y al mirarte llegar, digo en jilguero
que no he vivido para siempre a ciegas.

Las Lomas, 31 de mayo de 1968.